

PRIMERA PARTE

La santera

—¡Eh, muchacha! Psss. Acércate, por favor.

La chica vaciló. Podría haber fingido que no había oído nada y seguido su camino. Eran casi las once de una noche de domingo y la calle estaba desierta. Lo más sensato sería ignorar la voz.

Pero quien llamaba desde el otro lado de la verja era una anciana enfundada en una bata de boatiné idéntica a la que usaba su abuela.

Se acercó con cautela.

—¿Qué necesita?

—Ay, que Dios te lo pague, querida.

Siempre le había intrigado aquella casita diminuta, una reliquia encajada entre edificios modernos, como un fragmento de otro siglo. Resultaba milagroso que hubiera sobrevivido a la voracidad urbanística que había arrasado todo vestigio del pasado. Su abuela lo repetía a menudo: «Esta ya no es mi ciudad. A veces hasta me da miedo perderme».

Quizá habría tenido sentido en las afueras, pero allí, flanqueada por tiendas de ropa y escaparates llenos de teléfonos móviles, parecía un error del tiempo.

A esa hora y con ese frío, la calle estaba vacía.

Ante la casa, un jardín minúsculo: dos árboles enclenques —un fresno y una morera—, una enredadera de hiedra, un banco de piedra artificial con una esquina rota. Treinta metros cuadrados de verdor improbable contenidos por una verja herrumbrosa que no impedía que las ramas invadieran la acera.

La anciana abrió la puerta, que chirrió, e invitó a la muchacha a pasar.

Ella dudó.

—No sé...

—Vivo sola —la interrumpió la mujer—. Completamente sola. No tengo a nadie.

Notó un pinchazo de compasión, pero no entendía qué quería de ella. Temía que le pidiera compañía o que se sentara a ver la televisión a su lado. Para eso estaban los servicios sociales. Estuvo a punto de decirlo.

—Solo necesito que lleves unas bolsas de basura al contenedor de la esquina —aclaró la anciana—. Solo un par de bolsas. He tirado cosas viejas y me pesan demasiado. Esos contenedores son tan altos... La otra noche apoyé el pie en el pedal para abrirlo y casi me parto la crisma.

—Comprendo —respondió la muchacha con indulgencia. Sus recelos empezaban a disiparse.

Su abuela se quejaba de lo mismo.

—Perdona la molestia —añadió la anciana—. Pero si te pillan sacándola antes de tiempo, te multan. Y ahora, con este frío, no pasa nadie.

La chica sonrió. ¿Cómo sobrevivía sola esa mujer en una casa tan anacrónica, tan estancada en el tiempo? Casi mejor no imaginar el interior: humedades, pintura descascarillada, muebles viejos... Le parecía

una tristeza envejecer así. Ella, sin duda, preferiría morir antes.

—No es molestia, no se preocupe —dijo—. ¿Dónde están las bolsas?

—Aquí, en la entrada. Te las habría sacado, pero no puedo con ellas. Tú seguro que las levantas como si fueran plumas. Ay, que Dios te lo pague. Pasa, pasa.

Una luz roja parpadeó en su cabeza.

«He visto demasiadas películas», pensó.

—Pues vamos a por esas bolsas —dijo, sonriendo—. Entre vecinos hay que ayudarse.

—Ah, ¿vives por aquí?

De haber estado más atenta, la muchacha habría notado la vacilación en la voz de la anciana. Pero ya había cruzado la verja y se acercaba a la puerta entreabierta. Su corazón rebosaba generosidad. Se sentía como una de esas niñas de los cuentos que le leían en la infancia: pobres, valientes, abnegadas. Las que rescataban gatos o salvaban niños de incendios. Aunque iba a cumplir diecisiete años, aún recordaba esas historias.

El jardín, pequeño y salvaje, desprendía un aroma dulzón. Era noviembre, pero flotaba un perfume de madre selva y rosas. Un oasis vegetal ajeno al cemento, al gris, a los coches.

Aspiró con fuerza y se sintió eufórica.

—¿Están aquí en la entrada, decía usted? —preguntó, empujando la puerta.

Entonces el hedor la golpeó como una bofetada.

Excrementos.

Podredumbre.

Muerte.

Se giró, pero no lo bastante rápido. La anciana estaba junto a ella alzando una piedra triangular: el trozo que faltaba del banco del jardín.

Su cara era una mueca grotesca cuando descargó el golpe.

No siempre estuve aquí.

Antes mi hogar fue otro.

Más allá, todo era negro y frío. En mi lado, las estrellas ardían; las nebulosas giraban lentamente en espirales majestuosas.

Yo era la Guardiania.

Nada debía cruzar el umbral que vigilaba.

No recordaba quién me había encomendado la tarea. Quizás ocurrió antes del tiempo. Antes de mí. Solo sabía que mi misión era la esencia misma de mi existencia.

Siempre estuve sola. Aunque, a veces, percibía presencias al otro lado, en la oscuridad: siluetas difusas, pulsos de energía, susurros que quizás fueran ecos de otras conciencias. Voces que intentaban seducirme con halagos o amenazas para que las dejara pasar.

Nunca flaqueé.

Yo era fuerte entonces.

Ni siquiera necesitaba buscar sustento.

Me bastaba con extender mis zarcillos hacia la luz y absorber la energía que allí fluía. Pura, inagotable. Una energía que llenaba todo aquel lugar en forma

de ondas que curvaban el tiempo y hacían crepitar el espacio.

Era un modo sencillo de existir.

Creí que duraría para siempre.

Hasta que ocurrió aquello.

Primero fue una voz. Era distinta de todo lo que había conocido. Venía de muy lejos, más poderosa que cualquier otra que hubiese oído. Luego se unieron otras. Un coro. Todas me llamaban.

«Ven a nosotros», decían. «Maniféstate».

No pude resistirme.

No quise resistirme.

Cuando cedí, dejé de ser guardiana del umbral. Ya no custodiaba el borde entre los universos.

Me hallé confinada en un lugar cerrado y minúsculo. Encerrada entre paredes de piedra.

Una celda.

Una jaula.

La anciana era mucho más vigorosa de lo que su aspecto marchito permitía sospechar. Aunque nadie la observaba, caminaba erguida y satisfecha mientras tomaba a la chica inconsciente por los tobillos y la arrastraba hacia el interior de la casa. Lo que para la mayoría de las mujeres de su edad sería una hazaña imposible, para ella parecía una acción cotidiana.

—¿Sigues viva, niña? —murmuró al ver que la muchacha sacudía débilmente la cabeza, susurrando palabras ininteligibles desde lo profundo de la inconsciencia. Un reguero de sangre quedó atrás, marcando las baldosas con cada sacudida de su cráneo—. Mejor. Mucho mejor. Ella os quiere vivas y frescas.

La chica volvió a gemir cuando su nuca rebotó sobre una baldosa que sobresalía.

Tan estrecha como su fachada prometía, la casa se organizaba en torno a un pasillo largo y sombrío que parecía devorar la luz. Las puertas a la derecha, todas cerradas, observaban el paso de la vieja y su carga como testigos mudos. En las paredes, fotografías en blanco y negro y sepia, algunas desvaídas por el tiempo, parecían cobrar vida bajo la penumbra.

Los rostros más antiguos posaban con solemnidad. Los más recientes sonreían. Pero no era una alegría auténtica: había algo perverso en aquellas muecas, algo que la oscuridad y el polvo solo lograban acentuar.

La vieja se detuvo antes del recodo al final del pasillo. Jadeó. El esfuerzo empezaba a pasarle factura.

—Calma. Despacito, Isabel —musitó—. Ya no tienes veinte años.

Al oír su voz, la chica que estaba siendo arrastrada abrió los ojos con espanto. Se retorció. Intentó gritar.

La vieja soltó una pierna e introdujo la mano en el bolsillo de su bata. Sus dedos encontraron el mango de un cuchillo.

—¡Ni una palabra! Si abres el pico, te rajo el cuello.

Y subrayó la amenaza agitando el cuchillo ante la cara de la chica, cuyo grito murió prematuramente en su garganta. Sin embargo, no dejó de agitarse. Quizás de modo consciente, quizás como un reflejo defensivo, proyectó la pierna que había quedado libre hacia el frente para tratar de golpear con ella a la espantosa anciana. La mujer intentó reducirla de nuevo, pero pareció darse por vencida y soltó la pierna por la que aún la sujetaba. La chica comenzó a incorporarse, pero se quedó congelada al notar que la hoja del cuchillo se abría paso en su vientre con una ráfaga cegadora de dolor. Un instante después, el arma volvía a clavarse en su cuerpo, esta vez bajo su clavícula.

—Tú lo has querido, mocosa estúpida.

Los ojos de la chica se tornaron blancos cuando se hundió de nuevo en la inconsciencia. Su cuerpo volvió a ser un fardo a los pies de la vieja, pero ella evitó rematarla. Tenía sus razones.

La de abajo se encargaría.

A su estilo.

Lentamente.

Mientras se alimentaba.

Ahora el rastro de sangre era más espeso, más oscuro. La vieja arrastró el cuerpo de la chica a través de la cocina, dejando tras de sí un surco pegajoso que empapaba las juntas de las baldosas.

Al fondo, una puerta pintada de azul cerrada con un pesado candado. La anciana la abrió valiéndose de una llave que pendía de una cadena en torno a su cuello. La luz de la cocina iluminó débilmente un tramo de escaleras que descendían hasta perderse en la negrura del sótano.

A pesar de los muchos años que llevaba expuesta a él, a la anciana todavía le resultaba difícil soportar el espantoso hedor que brotaba desde abajo.

En la oscuridad, algo se movió. Algo húmedo, viscoso, orgánico.

La vieja se apresuró a soltar su carga junto al primer peldaño. Una patada bastó para que el cuerpo de la muchacha rodara por las escaleras. Su cráneo golpeó contra los peldaños de piedra. Se le escapó un quejido que sonó como el gáñido moribundo de un animal pequeño.

La muchacha era dura.

Aún vivía.

Aún luchaba.

Bien.

Era como a ella le gustaba.

Y últimamente se mostraba inquieta.

Más valía tenerla contenta.

La mujer no se quedó a mirar.

No es que esperara más visitas aquella noche, pero no quería encontrarse el suelo lleno de sangre seca y apestosa al día siguiente. Se apresuró a llenar un cubo de agua con un chorro de lejía y preparar algunos trapos. Suspiró al pensar en la larga faena que le esperaba. Un cubo no bastaría para limpiar toda aquella sangre.

A pesar del grosor de la puerta del sótano, le fue posible oír un obsceno ruido de succión.

La vieja lo ignoró y prosiguió con su tarea.

La puerta chirría. Ella ha vuelto. La mujer que me alimenta, la que deja caer mi comida sobre los peldaños como si estuviera lanzándole despojos a un animal enjaulado.

No camino. Repto. Me arrastro, una vez más vencida por la gravedad brutal que rige en esta celda mezquina, en esta tumba donde me consumen el tiempo y el encierro.

Fui guardiana de lo inmenso, habitante de los abismos que se extienden más allá del tiempo y la materia. Fui luz, fui vértigo estelar. Hoy maldigo cada segundo de esta existencia confinada, grotesca.

Aquel ser que absorbía la energía de los vórtices con solo extender sus zarcillos ahora sobrevive royendo los despojos que le arrojan a este agujero. Las criaturas que me lanzan —tibias, rotas, al borde de la muerte— son mi único sustento. Me repugnan. Pero aún no me ha llegado la hora final.

La mujer, mi carcelera, se marchita. Lo noto. Cada día sus pasos son más lentos; sus manos, más temblorosas. Aunque aún tiene fuerzas para encerrarme, su tiempo se agota. Un día no bajará. Ese día será el fin de mi cautiverio.

Por ahora, resisto. Me mantengo viva.

Aquí soy poco más que una masa viscosa, informe, pero eso juega a mi favor. No hay rendija que no pueda invadir ni cuerpo que no pueda cubrir. Me adhiero. Envuelvo. Succiono. Me alimento de su miedo, de su calor, de la energía que aún palpita en sus entrañas. Una energía que me repugna por su sabor a animal, a cadáver, a bestia rota. Pero no puedo permitirme el lujo de rechazar lo que me mantiene con vida.

En mi lugar de origen era hermosa. Me mecían las ondas de luz, danzaba entre nebulosas como un soplo de eternidad.

Aquí soy una babosa que reptaba sobre montones de despojos.

Pero mi momento llegará pronto.

Lo presiento.

He comenzado a alimentarme y de repente noto que la criatura que me han arrojado todavía conserva alguna traza de vida. A pesar de que la cubro por completo, la siento agitarse bajo mi peso. Está débil, sofocada, casi muerta, pero debe de tratarse de un ejemplar vigoroso, porque aún se mueve.

Tiembla bajo mi cuerpo. Se agita. Es joven. Es fuerte. Lucha.

Y eso me excita.

Me deleito con su resistencia. Penetro lentamente en su cuerpo. Mis zarcillos se introducen en sus cavidades como raíces hambrientas. La invado. La poseo. La siento rendirse. Apagarse.

Pensamiento a pensamiento.

El estertor final sobreviene cuando irrumpo en las cavidades de su corazón. A veces, cuando todas esas

cosas ocurren, alimentarme se convierte en un acto placentero.

Podría decir que hoy he comido bien.

Hoy me siento poderosa.

Pero la anciana sigue ahí.

Sigue viva.

Y su voluntad basta para mantenerme encerrada.

Aún no es el momento.

Pero llegará.

He aprendido a esperar.